

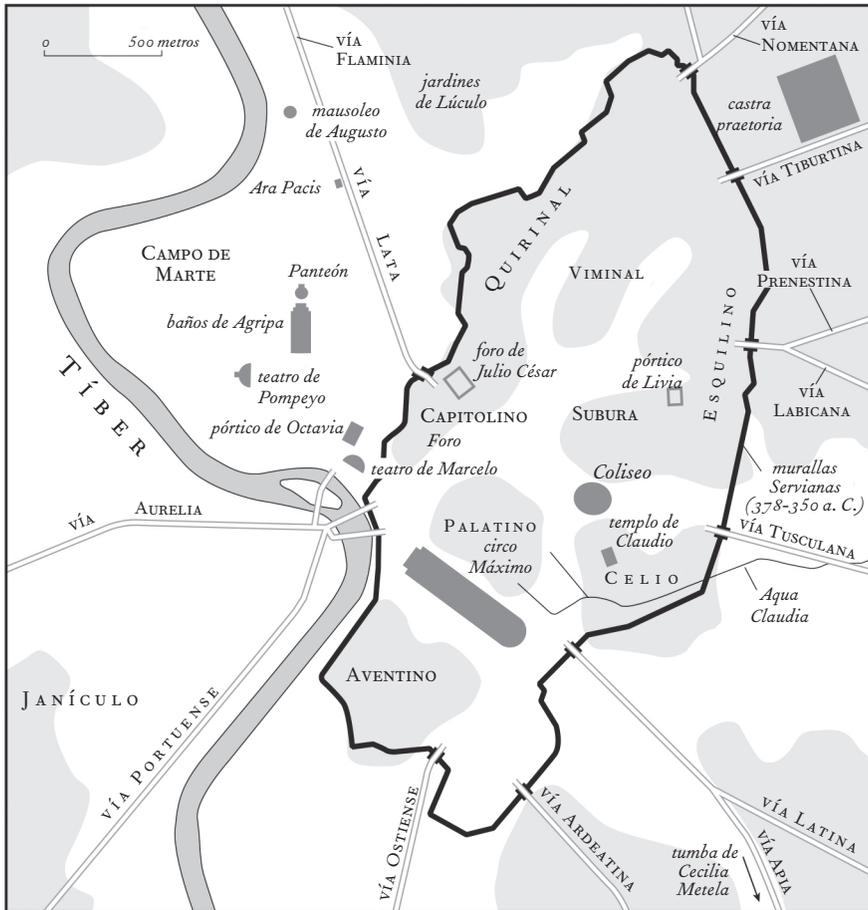
GUY DE LA BÉDOYÈRE

DOMINA

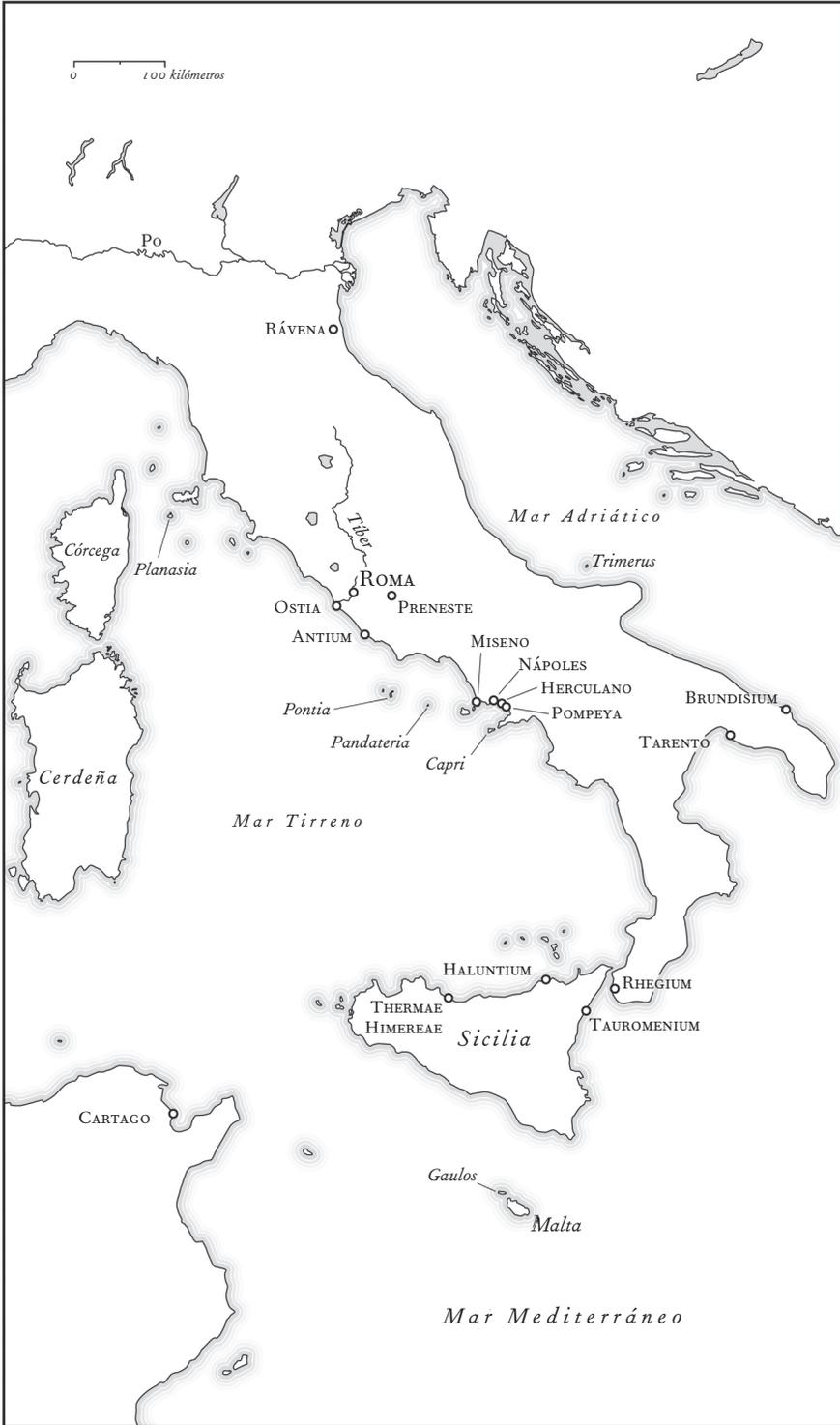
Las mujeres que construyeron
la Roma imperial

Traducción de
DAVID LEÓN GÓMEZ

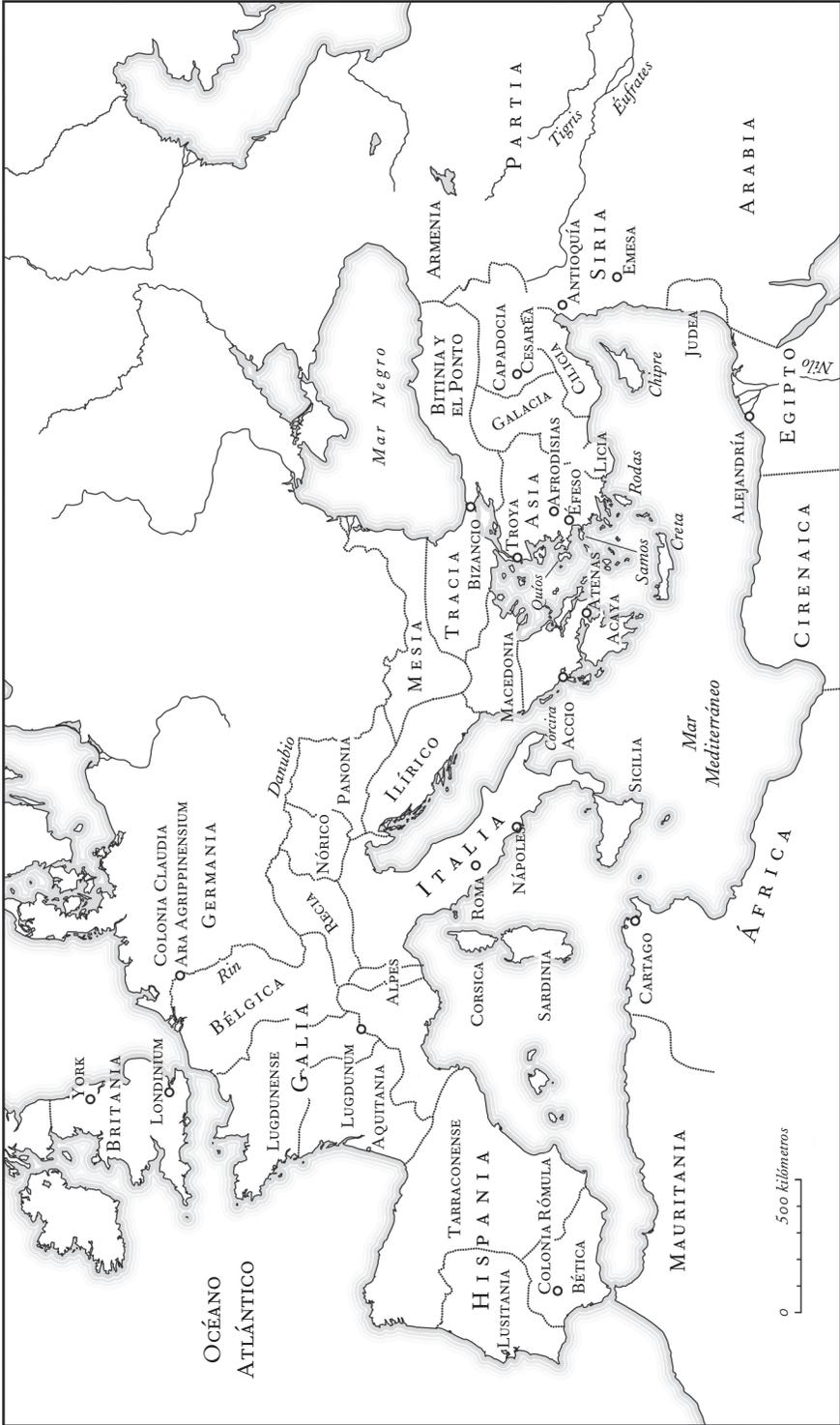
PASADO & PRESENTE
BARCELONA



Mapa 1. Roma con los lugares más relevantes mencionados en el texto.



Mapa 2. La Italia romana con los lugares más importantes mencionados en el texto.



Mapa 3. El imperio romano con los lugares más importantes que se mencionan en el texto.

PRÓLOGO

El mundo romano —leer y escribir al respecto, ver obras de cine épico ambientadas en él, pasear entre las ruinas de sus prodigiosos monumentos plagados de malas hierbas o pasar ante vitrinas de museo atestadas de objetos curiosos y notables— constituye una obsesión moderna, no solo de hoy, sino desde tiempos del Renacimiento y la Ilustración. Por señalados que sean los restos físicos, es, por encima de todo, el poder abrumador de las personalidades que forjaron Roma lo que hace de él un período tan cautivador. Individuos como Augusto, Livia, Calígula, Mesalina, Agripina y Nerón, cuyas vidas relataron para nosotros historiadores como Suetonio, Tácito o Dion Casio, han escapado hace mucho de los confines de aquellas crónicas antiguas. Hoy siguen siendo célebres y ejercen de símbolo duradero de poder, oportunismo, codicia y locura. Resulta imposible caminar por los foros de Roma o leer sobre su mundo sin tratar de imaginar cómo fueron en realidad aquellas gentes memorables.

¿Por qué se escriben tantos libros sobre el mundo romano? ¿Qué más queda por decir? Las mujeres de la dinastía julio-claudia, la más perdurable de la historia de Roma, han demostrado ser tema de gran popularidad en el pasado y el presente, en forma bien de biografías individuales, bien de obras que dan cuenta de las vidas de diversos personajes.¹ Con todo, aunque el único motivo de la subsistencia de dicha familia fue la línea materna de parentesco, no ha habido, hasta donde alcanza el conocimiento del autor de estas líneas, ningún intento por elaborar una historia narrativa del período que tome como hilo conductor el de las mujeres de la casa imperial julio-claudia y su entorno.² Tampoco se ha puesto de relieve normalmente que la dinastía que la siguió en permanencia, la de los severos, también dependió en gran medida de la línea materna para su pervivencia. Todas estas mujeres se revelan como agentes en un proceso continuo de cambio, en las funciones —a menudo en conflicto— de madres y protagonistas políticas, a través de su condición fundamental de columna vertebral de la dinastía y símbolos de

la sociedad romana. Resulta inevitable que la importancia que revestían en el seno de sus familias las colocase en posiciones de excepcional significación. Sus biografías son, pues, sinónimo de la historia del período. No quiere esto decir que se evite la intromisión de los varones, cuya presencia en el centro del escenario es tan inexorable como ineludible; pero sí es cierto que merecen ser puestos en un segundo plano en mayor grado de lo que se acostumbra.

La inspiración que dio lugar a este libro es la moneda de plata de gran tamaño, conocida como tetradracma cistofórico, en la que se representa a Claudio con la emperatriz Agripina la Menor, esposa y sobrina suya, que se acuñó en Éfeso en torno al año 51 d. C. (lámina 22). La pareja imperial aparece en forma de bustos adosados, es decir, dispuestos uno al lado de la otra y ligeramente superpuestos. La significación y el simbolismo son notables. De un mundo en el que las mujeres no podían ejercer ningún poder político legítimo nos ha llegado una moneda que parece hablar del reinado conjunto de un «augusto» y una «augusta». Que una emperatriz romana alcanzara semejante grado de eminencia era, y sigue siendo, de veras sorprendente. Tal logro dice mucho del nivel excepcional de astucia política y talento manipulador que poseía Agripina. El diseño de la moneda no tuvo precedentes ni volvió a repetirse en el período romano. Más asombroso aún resulta que Agripina se las compusiera para mantener su posición tras la muerte de Claudio, ocurrida en 54, y hasta bien entrado el tiempo de su hijo Nerón. Su reinado —no hay mejor palabra para denominarlo— supuso el culmen del poder político femenino en el mundo romano. Nadie más, hasta Julia Mesa, en la era de los severos, pudo comparársele siquiera de lejos. El presente libro pretende, a la postre, ayudar a entender cómo consiguieron hacerse con semejante dominio Agripina y otras, y cuál fue el precio que tuvieron que pagar.

En tiempos modernos se han escrito muchas obras interesantísimas sobre las mujeres en el mundo romano y es importante concederles el mérito que merecen. El Women and Politics in Ancient Rome, de Richard Bauman (1992), constituye un estudio excelente de la mujer en tiempos de la República y la dinastía julio-claudia hasta la muerte de Nerón. Roman Women, de J. P. V. D. Balsdon (1962), es un libro clásico que aborda el tema desde los orígenes de Roma hasta el siglo IV y resulta en particular recomendable para lectores que buscan más información sobre las mujeres de los primeros siglos de Roma. A estos cabe sumar Imperial Women: A Study in Public Images, análisis firmado por Susan Wood (1999), y cierto número de biografías de otros eruditos como Anthony Barrett, que se han centrado sobre todo en Livia y Agripina la Menor, o en otras mujeres.

Las monografías clásicas de la editorial Routledge y su colección sobre mujeres en el mundo antiguo incluyen algunos títulos muy iluminadores, como Matrona Docta, de Emily Hemelrijk (2004), que se centra en las representantes cultas de la minoría selecta, desde Cornelia Africana hasta Julia Mamaea, o la biografía de Julia, la hija de Augusto, que elaboró Elaine Fantham. También han sido de gran utilidad como fuentes de ideas e inspiración otras obras recientes, como el ensayo de Nicholas Purcell sobre Livia y la condición de la mujer romana (edición de 2009), el análisis que hace Catharine Edwards del papel que representaba la inmoralidad en la política romana (2010) o Sexual Morality in Ancient Rome, de Rebecca Langlands (2009). Maternal Megalomania (2013), biografía de Julia Domna debida a Julie Langford, posee puntos de vista interesantes, aunque controvertidos, no solo sobre la naturaleza del poder femenino en el mundo romano, sino también del modo como usaban a la mujer como recurso retórico los historiadores romanos en sus comentarios sobre los gobernantes masculinos. Constituye un reflejo interesante de nuestros días el que, en tanto que hace medio siglo los libros sobre mujeres romanas solían estar escritos por hombres, hoy son, en gran medida, obra de mujeres, pese a la tendencia general a concebir la historia de las mujeres como parte de la erudición histórica convencional.³ Aun así, las páginas que siguen toman, muy por encima de todo, a los historiadores antiguos como fuente más relevante, pues, pese a todos sus defectos, nos acercan a aquella época más que ninguna autoridad moderna. Son precisamente sus prejuicios, en ocasiones indignantes, los que más nos revelan acerca del marco en el que actuaron las mujeres de los julio-claudios.

La inmensa variedad de nombres puede resultar abrumadora a cualquiera, por familiarizado que esté con el período romano. También el especialista más avezado encuentra dificultades en este terreno. Esto se deriva de la costumbre de asignar por lo común a los hijos varones mayores el nombre de sus padres, aun en caso de que lo fueran por adopción. Las hijas también lo recibían de ellos, tal como resulta obvio en particular en el caso de Agripina la Mayor, hija de Agripa. Si bien en el caso de los hermanos varones era normal el uso de un prenombre (equivalente a nuestro nombre de pila) distinto, en el de las hermanas era frecuente (aunque no obligatorio) compartir el mismo. De este modo, las dos hijas que tuvo Octavia con Gayo Claudio Marcelo se llamaron Claudia Marcela y las dos que engendró con Antonio, Antonia. En este libro aparece una cantidad desconcertante de mujeres llamadas Julia. Lo más habitual en las obras anglosajonas modernas es designar como Major a la hermana de más edad y como Minor

a la siguiente, y, en caso de ser madre e hija, la Mayor y la Menor, por poco coherente que pueda resultar la mezcla de términos latinos y actuales.⁴ Siempre que ha sido posible se ha precisado cuanto se ha podido la identidad de una persona. En el caso de los antropónimos masculinos se ha utilizado el nombre con el que son más conocidos hoy sus titulares. Octaviano, por ejemplo, era con más exactitud Octavio antes de devenir Augusto; pero en nuestros días es más común referirse a él con la primera de estas formas, que es la que se le asigna en el presente libro.

En ocasiones se tienen en cuenta las analogías y comparaciones de otras épocas, por más que haya estudiosos que se resistan a esta práctica.⁵ Huelga decir que la sociedad romana era muy diferente de la medieval o la moderna. Sin embargo, no solo existen similitudes entre unas y otras, sino también ejemplos de comparaciones conscientes y aun emulaciones. Tal cosa, siempre que se haga con cautela, puede ayudar a inspirar enfoques laterales en lugar de confinarnos en los parámetros de un «período» que puede restringir las percepciones para convertirlas con demasiada facilidad en posiciones estereotipadas. Uno de los modos más instructivos de abordar la historia consiste en analizar el parecido que comparten las representaciones de buenos y malos en los distintos períodos. La Guerra de las Dos Rosas de Inglaterra (h. 1455-1485) tuvo tres protagonistas femeninas de particular relieve, dos de las cuales se vieron vilipendiadas por los historiadores contemporáneos que apoyaban a sus respectivos rivales.⁶ El trato que reciben posee claras similitudes con el que otorgaron los autores romanos a mujeres como Julia la Mayor o Agripina la Menor. Este punto no es insignificante. Entre las explicaciones deben incluirse los usos de los historiadores varones de la Edad Media a la hora de retratar a las mujeres poderosas que desafiaban los intereses de su tiempo y las convenciones estilísticas y retóricas asentadas por Tácito, Suetonio, Dion y otros, en las que parecen haberse inspirado aquellos.

El lector puede, por supuesto, usar este libro de la manera que desee. Como ya se ha dicho, está concebido en gran medida como una historia narrativa del período julio-claudio a través de las vidas de las emperatrices y otras mujeres de su entorno. La introducción y el capítulo 1 («Virtud, honor y castidad») abordan parte del contexto en que se desarrolla la existencia de la mujer en el mundo romano, en particular a finales de la República. Para ello se hace necesario mencionar a mujeres que aparecerán en fases posteriores. Por lo tanto, puede que haya quien prefiera comenzar en el capítulo 2 y recurrir a las secciones anteriores cuando le sea preciso.

La experiencia de escribir estas páginas ha sido memorable y aleccionadora a partes iguales. En el mundo romano, el poder estaba determina-

do, dominado y definido por hombres. De las mujeres se esperaba que fuesen respetuosas, obedientes y decorosas, y su castidad debía ser intachable. La que sacase los pies del tiesto para poner en tela de juicio esta sumisión y estas virtudes corría el riesgo de ser condenada no solo por sus contemporáneos, sino también por la posteridad. Pocas de las que figuran en este libro eludieron lo que parece casi una conspiración de vilipendio. Hasta Livia, cuyas lealtad y honestidad conyugales parecen irreprochables, fue retratada por Tácito como taimada y sanguinaria por el simple hecho de haber adquirido y empleado el poder en una sociedad que negaba a su sexo el acceso a la clase política y a la autoridad legal. A aquellas cuyo comportamiento parece más obviamente censurable, como Livila y Mesalina, las juzgaban también por lo común conforme a raseros diferentes de los que se aplicaban a los hombres. Este hecho posee una resonancia evidente en tiempos posteriores. La historia de las julio-claudias, por lo tanto, trasciende el período en el que vivieron y dice mucho de la existencia de las mujeres de tantas otras sociedades, incluida la nuestra.⁷ La imposición de expectativas imposibles y a veces contradictorias y la negación de oportunidades y derechos de los que jamás se excluiría a los hombres siguen haciendo de la vida de la mujer una experiencia exigente y frustrante en modos que muchos hombres no logran o no quieren entender por completo ni, en ocasiones, ni siquiera reconocer. Con todo, hubo caminos hacia el poder y la influencia a los que no tuvieron acceso los hombres y sí algunas mujeres, precisamente por hallarse fuera de las estructuras de poder de aquellos. Reconocer también este hecho resulta fundamental para entender por qué lograron lo que lograron Livia, Agripina la Menor y Julia Mesa.

Cabe mencionar aquí la deuda contraída con varios grupos de preuniversitarios, muchachas en su mayoría, a los que enseñé la historia del período de los julio-claudios durante un curso preparatorio de su examen final de bachillerato. Todos participaron con entusiasmo en las clases, a menudo tras cierta aprensión inicial ante la materia. No es sorprendente que se mostrasen especialmente interesados en las personalidades femeninas más destacadas de la época. Muchos hicieron de aquellas romanas el centro de su investigación. Su interés y la agudeza de sus preguntas, que llevaron a un número nada desdeñable de ellos a estudiar filología clásica, historia antigua o historia en la universidad, figuran entre los elementos que inspiraron este libro.

He contraído, como siempre, una deuda con Heather McCallum, de Yale, que al interesarse por la idea original del presente volumen ayudó a que cobrase la forma que hoy presenta. Marika Lysandrou ha demostrado ser

una fuente inagotable de asesoramiento editorial durante todo el proceso, igual que Rachael Lonsdale, quien, junto con Clarissa Sutherland, supervisó las etapas finales de producción. El interés y la conversación de Tom Holland resultaron impagables en un momento crucial de formación de la idea básica. Tony Birley ha sido muy amable a la hora de dar respuesta a determinadas consultas, como también David Kennedy, Emily Hemelrijk y Simon Pawley. También debo manifestar mi agradecimiento a los académicos anónimos que revisaron el texto e hicieron comentarios y sugerencias de gran utilidad sobre cómo mejorarlo. Joann Fletcher hizo algunas observaciones valiosísimas que ayudaron a refinar en particular lo tocante a Cleopatra y a su relación con César. John Pollini puso amablemente a mi disposición su fotografía del relieve julio-claudio hallado en Rávena (lámina 32). Kym Ramadge releyó el texto con meticulosidad cuando se acercaba a su forma final y señaló cierto número de correcciones y mejoras estilísticas. También he de agradecer a Charlotte Chapman la cuidadosa corrección de pruebas en la que subsanó algunos errores e incoherencias, amén de perfeccionar ciertos aspectos esenciales. Aun así, cualquier error que pueda hallarse en las páginas que siguen es responsabilidad exclusiva del autor.

GUY DE LA BÉDOYÈRE
Welby (Lincolnshire), 2018

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	11
<i>Introducción</i>	17
1. Virtud, honor y castidad	35
2. La edad de los emperadores: Cleopatra, Fulvia y Livia (44-31 a. C.)	59
3. La mujer en el estado de Augusto (31 a. C.-14 d. C.)	81
4. Planes de futuro: Livia, Octavia y Julia (27 a. C.-14 d. C.)	105
5. Emperatriz viuda y matriarca: Livia (14-29)	147
6. «Ansias de igualdad»: Agripina la Mayor (29-41)	193
7. Autodestrucción: Mesalina (41-48)	213
8. El reinado de Agripina la Menor: primera parte (49-54) ...	247
9. El reinado de Agripina la Menor: segunda parte (54-59) ...	271
10. Tiempo de asesinatos: Agripina, Claudia Octavia y Popea (59-68)	293
 EPÍLOGO: LAS ESPOSAS DE LOS SEVEROS	
Y OTRAS EMPERATRICES	323
APÉNDICES	
1: <i>Fechas fundamentales</i>	355
2: <i>Árboles genealógicos</i>	359
3: <i>Principales personajes femeninos</i>	367
<i>Glosario</i>	373
<i>Notas</i>	379
<i>Bibliografía selecta</i>	449
<i>Índices</i>	459
<i>Relación de ilustraciones y mapas</i>	487